



EL CONVERSAR
DE LOS
EDIFICIOS

CARMEN CASTRO

"EL CORTE INGLES", NUEVO EDIFICIO BIEN LLEGADO AL ENCUENTRO CON LAS YA CLASICAS FORMAS DE LOS NUEVOS MINISTERIOS.

Ellos, los edificios, son realidades inconscientes que no tienen, por tanto, problemas. Tampoco hablan por así decir; sin embargo, los edificios de Ciudad conversan entre sí y dialogan con los ciudadanos. Pero ¿y si tuvieran problemas los edificios? A veces tan mayores los tienen que se derrumban. No obstante, a ellos jamás les llega, parece ser, el tiempo de desarrollar una conciencia adulta y ver en sí mismos sus problemas.

Me parecen los edificios criaturas hippies: nada se les da de cuanto les acontece. Y así, en ocasiones, es hasta disgustoso ver con qué poco pudor dejan que el tiempo o los hombres pongan al descubierto, públicamente, su entraña edificada—esos retazos de pared rosa con huella de manos; esos marcos de puertas con una sola jamba ya; esos pies derechos, tan púdicos, que siempre vivieron ocultos tras un "empotrado" o disfrazados de columna "decorativa", y que de pronto surgen con puro cimbreo de soporte en ruina, perdida su función; esos jirones de cañizo, o de papel, o de vigas...—. Son cosas que no deben lucirse.

Los edificios, ¿son en verdad insensibles? No obstante ello, cada día más personas sensibles acusamos la gravedad de cuantos problemas circundan a un edificio, de cuantos problemas tiene en sí mismo el edificio, y

de los múltiples que crea en torno a sí con sola su presencia.

Los edificios en sus estructuras, nosotros en nuestro esqueleto, somos dos tipos de construcciones directa o indirectamente naturales, que llegamos de pronto al espacio urbano con la necesidad radical de una posible convivencia en armonía.

Esta armonía, postulado esencial para que la vida sea viable humanamente en el Tiempo, además de existir ha de ser percibida por nosotros. Y, por tanto, ha de manifestarse a nosotros de alguna manera. Así, para que la vida sea viable por el tiempo humano—insisto en viable y en humano—es de toda necesidad que haya armonía en el campo de las cosas, y que no se perturbe la armonía en el tiempo de las personas—tampoco su tiempo—. Para todo lo cual, las personas tienen no sólo que ser capaces de mantener entre sí conversación y diálogo; también han de poder mantenerlo con las cosas. Pero todavía hay algo de mayor gravedad, y es que, por su parte, las cosas tienen que "conversar" entre sí.

Aludo a esas cosas que tienen fama de mudas, porque se expresan en un lenguaje peculiar suyo, percible, sin embargo, hasta por los más romos, en muchas ocasiones, y en todas por los mejores profesionales del arte de la Arquitectura—arte, artificio,

artimaña—. Todo el mundo sabe que sillas y butacas en un mismo recinto, si no están armonizadas, se *insultan* entre sí, porque no sólo los perros de Valladolid—Cipión y Berganza—hablaban; todas las cosas, todos los seres no humanos, son capaces de colokuar entre sí. Y de las razones de sus coloquios pende la serenidad o la incomodidad de nuestros nervios, y de ellos la compostura o descompostura de nuestra conducta personal.

Cuando las cosas que entre sí conversan en nuestra presencia son inmuebles, construcciones, edificios..., entonces lo que acontece son maravillas o tragedias.

Vengamos a la parla que entre sí mantienen los edificios de una Ciudad.

No sé de dónde procede este cantarillo que guardo—intacto o deteriorado—en mi memoria:

Los gigantones, madre,
el día del Señor,
mantienen unos con otros
alegre conversación.

La primera vez que llegué a Nueva York—y era día del Señor, porque era domingo—pensé que había llegado a tiempo para asistir a la conversación apasionante de los gigantones de Manhattan.

Me parece evidente que en Nueva York, uno con otro, entre sí, los rascacielos se

comprenden, y su comprensión tiene por resultado la perfecta composición de la Ciudad. Guste o no guste, poco importa: Nueva York es una Ciudad compuesta. Tan compuesta que aterra pensar en su descomposición.

Mudos edificios, parleros, respondones, ocurrentes... Los rascacielos de Nueva York conversan entre sí civilizadamente: asisten a la fiesta de las calles—con las que también traban diálogo—. Y si bien es brutal la vida a bordo de Manhattan, lo es, sobre todo, porque hay una visible incapacidad de armonía en el sector humano, más desagradable de convivir en presencia de un fenómeno insólito típicamente neoyorkino: y es que el conjunto de los gigantones—rascacielos—da clara muestra de tener en sí voluntad de colokuar por gestos de armonía—por eso se ceden los unos a los otros aristas, volúmenes, luces, verticalidad, pedacillos configurados de cielo, etc.—y componen bien trabados un vivir conversante, edificante, tenso y a tono con este día del siglo nuestro. Lo grave de Nueva York es que mientras esto acontece ciertamente en el mundo integrado por materiales construidos, en el mundo integrado por seres humanos, habitantes de esas construcciones, no existe ninguna interna armonía y sí es palmaria la imposibilidad de diálogo humano dentro de esa sociedad desagradablemente discriminatoria y discriminada. No; no se vislumbra posibilidad de cordiales diálogos entre los auténticos habitantes de Nueva York. Esos habitantes rara vez se prestan mutuamente algo más que la lumbre de un cigarrillo encendido, en plena calle, como si al encender un papel tenue hubiesen prendido un incendio de cordialidad. Triste hecho que confirma cómo en la ciudad—ejemplo máximo Nueva York—se tiene la impresión de estar en la selva, donde el mundo vegetal, animal—equivalente del construido—, es menos inhóspito para el hombre que sus congéneres humanos—en la Ciudad, en la Selva—sin distinción de razas.

Para que la vida sea humana en los recintos urbanos es absolutamente forzoso que los hombres entre sí conversen, o cuando menos sean capaces de tal, urbanamente. (Urbanidad es sinónimo de buena educación, gracia, gentileza—o cuando menos solía ser así—). Pero es también necesario que los edificios de la urbe en que se vive se hallen plenamente amigados entre sí.

Baudelaire, una sensibilidad máxima—no

hacía falta subrayarlo, ¿verdad?—, escribe ante los trabajos de Haussmann en París: "La forma de una Ciudad varía más rápidamente que el corazón de un hombre."

Porque existe una previa congruencia entre urbe y hombre es posible que, para el hombre, la Ciudad suponga—en sus edificios y en su traza urbana toda—ya sea una injuria, en sentido patológico, para el corazón del hombre, ya sea una garantía de bienestar para el hombre mismo con su corazón latiendo. Yo tengo el convencimiento plenario de este suceder.

Si así no aconteciera, ¿cómo se explica que las mismas personas resulten de mucha más calidad personal en una calle, en una plaza..., que en otra plaza y en otra calle? En la plaza de la Señoría—Florenca—, por ejemplo, se discriminan las gentes por sí mismas, vengan de donde vinieren, que es de las cinco partes del mundo y de la calota polar también. Crecen las unas en porte personal y nobleza, las otras se truecan en escorias humanas lastimosas, pertenecientes a la categoría de los no-recuperables, si no es por la caridad de Cristo vivo.

Además, esto que viene sucediendo desde que hay hombres y hay ciudades, hoy sabemos que es científicamente rastreable en las personas. Son legión las cosas que antes se tenían por ajenas al hombre y hoy está comprobado actúan sobre nosotros, para bien o para mal, haciéndose presentes a nosotros en zonas de percepción que existen aquende y allende los umbrales de la percepción consciente.

Pues bien, entre estas cosas se cuenta muy en primera línea la Ciudad, como mundo inmediato para el hombre que la vive. Hombre y Ciudad—no es lícito ignorarlo—estamos mutuamente comprometidos, y siempre existió semejante compromiso.

Hombres y Ciudad protagonizan el drama urbano, para uno de cuyos momentos desempeñamos los hombres el mismo papel que el coro en la tragedia griega. Nosotros asistimos, y con palabras intentamos prestar asistencia, a los personajes del trágico diálogo que entre sí mantienen algunos edificios de la Ciudad.

Es evidente que el diálogo aludido existe siempre entre los edificios agrupados en una zona de la Ciudad. ¿Qué diálogo? ¿Qué tipo de conversación? Lo diré.

Diálogo de amor.—Las Escuelas Aguirre—Ayuso fecit—, con su traje neomudéjar de buen ladrillo, viven haciendo el amor a las



LA MODELICA GIRALDA, EL MEJOR EJEMPLO EN NUESTRO PAIS DE NOBLE CONVERSACION CIUDADANA.

altas casas de O'Donnell y de Alcalá. Grandes amigas de "ligar" las Aguirre. Porque están a gustísimo allí donde se hallan, les da lo mismo que su conversación finísima, urbanísima, sea con novísimo o con contemporáneo inmueble. Lo que ellas quieren es oírse decir que son más bellas que las acacias en flor y más castizas que la verja del Retiro.

Conversación amistosa entre edificios conscientes.—Entre los Nuevos Ministerios, fachadas de piedra granito, línea segura, volúmenes de acertada proporción, encuentros de líneas armónicos; entre estos Ministerios y el nuevo edificio del "Corte Inglés" hay un conversar a pleno cielo nítido. Al "Corte" le ha hecho Luis Blanco Soler que sea un bloque compacto y bien proporcionado, y lo ha revestido de granito. Pero Ministerios y "Corte Inglés" conversan mientras se inquietan: ¿Cómo se conjuntará el resto de los edificios de este Centro Comercial con ellos? ¿Será posible trabar conversación también con los nuevos que lleguen? ¿Se realizará la armónica conjunción de sus figuras construidas?

Conversación erudita, culta, totalmente armonizada.—Los Jerónimos y el Museo del Prado. Los inmortales de la Lengua harían bien celebrando sesión en la escalinata de Los Jerónimos de vez en vez. Lo digo porque no me gusta el templón que asila a la Española. Y digo también—porque soy honesta—que la Casa me disgusta porque es el templo del culto al varón superior a la mujer. Y Arenal, Avellaneda, Pardo-Bazán, Rosalía de Castro, que yo sepa, no son inferiores a... No me gusta la arquitectura de *La Española*, y tampoco su conversación, sin timbre de voz femenina.

Conversación insólita y estupenda.—Los edificios todos del viejo Madrid, que mantienen una conversación urbanísima a tejas viejas.

Mucho buen conversar hay en zonas de Madrid. Lo malo es que de pronto y porque sí—y no cito casos porque están en la mente de todos—en grandes recintos de la Ciudad se interrumpe la conversación que había, y se hace ya imposible reanudarla. Los edificios no conversan; ahora se insultan entre sí, se despedazan, se saltan sus correspondientes arquitecturas. O bien, si el edificio no sólo está mal situado, sino en sí mismo mal compuesto, vista su mala traza en el espejo de las bellas trazas que le rodean, se suicida. La portada hiende la fachada, el tejado machaca el cerebro.

Para bien y para mal, este conversar recíproco, este insultarse, este suicidarse, son como una banda de sonido continuo, que no cesa al sol ni a la lluvia, ni a la luz del neón ni en la oscuridad tropezante. Diríase que la tragedia de la vida de estos edificios urbanos comenzó el día D, y se prolonga inexorablemente ante nosotros—coro ineficaz—, aunque, como el griego, todo lo advierte, todo lo comenta y para nada sirve, sino "in extremis". Pero tan extremo, que casi nunca nuestras voces a coro tienen el debido eco—¡Que no se descomponga el triángulo de las Escuelas Aguirre! ¡Que se cuide el solar vacío! ¡Que se mime el cedro viejo!—. Porque nuestro malestar crece a medida que somos conscientes ciudadanos del valor—¿diré plástico?, ¿diré humano?, ¿diré construido?—de la Ciudad. Nuestro malestar va creando en nosotros complejo de culpa, porque no somos dignos de que se respete la armonía necesaria en la traza urbana de Madrid, en los edificios que dan realidad de Ciudad a esa traza.

Hagamos también confesión de nuestra



SI LAS PERSONAS ASI SE ENCUENTRAN GOYESCAMENTE, ¿CABE ESPERAR MEJOR MODO DE ENCUENTRO ENTRE EDIFICIOS?

mezquindad. Porque cuando tenemos ante nosotros, en la Ciudad, un recinto de edificaciones que entre sí se amigan, como los gigantones el día del Señor, en amabilísi-

ma y urbanísima conversación, lanzamos al aire pocos parabienes.

¿Es que no somos bastante sensibles al acierto ajeno? ¿Acaso hemos perdido la ca-

DONDE SE HACE REALIDAD LA DIFÍCIL MEZCLA DE BERZAS CON CAPACHOS. CERVANTINA.



pacidad de ser felices con lo exacto, lo entre sí acordado? ¿Es que no nos conmueve ya una forma construida en su perfecto entorno, como la llegada de un nuevo amigo—no digo el amigo—a la reunión de personas amigas ya? ¿No podría restablecerse la comunicación entre lo construido y quienes vivimos en y en torno?

Como en ningún otro tiempo, el hombre necesita ahora y aquí vivir con un entorno que sea armónico, que sea Arte. Es cosa—esta necesidad—descuidadísima por los Municipios todos. Incluso por aquellos que acumulan sal gorda en previsión de una nieve que pudiera llegar menuda y fría y resbalante en cualquier invierno. Para los resbalones de la parte del alma en busca de armonía ambiente, ¿quién freno prevé? ¿Quién procura evitar que se produzcan?

Madrid grande, podría ser grandioso si se siguieran las normas que hizo a la Ciudad serena, severa para que fuera elegante, ajustada, amable. Fue así Madrid en otro tiempo. A veces, a trechos, sigue siendo Madrid una ciudad elegante, serena, inteligente, chispeante. Hay aciertos:

Está perfectamente en armonía con Cua-

tro Caminos el Viaducto de Fernández Casado.

Con la autopista de Barajas, con el Aeropuerto, con la torre compuesta de Barajas pueblo, están compuestas las Torres de Oiza, el Hotel Barajas...

Con el antiguo Ministerio novecentista de Fomento, y la Estación del Mediodía—sin par y solanesca—, se acomoda maravillosamente el llamado !!!! Escalectrix, en voz castiza.

A la Alameda de Osuna—añoranza, recuerdo de grandía—no le molesta conversar con el nuevo Edificio Social de Dragados y Construcciones, de Javier Ramos.

Con el Madrid de los Nuevos Ministerios dice bien el edificio del "Corte Inglés", de Luis Blanco Soler; ya decía:

Y... Y... Y...

Porque en Madrid, en definitiva, hay muchos más buenos que malos edificios; mucha más urbana conversación entre edificios que diálogos feos. Hay, sí, copia de edificios entre sí capaces de conversar urbanamente, esto es, siguiendo las normas cabales del urbanismo, lo cual garantiza la respiración

del alma, cuya propia existencia en cuerpo pone en un brete la respiración pulmonar en pleno smog.

Yo creo que en Madrid se componen bien, las más veces, piedras y fuerzas, perfiles y masas, luces y sombras, grupos artificiales, ilusiones de la perspectiva y realidades de peso. Por eso, ante el crecer de Madrid, no tiemblo, como es uso entre los más y como temblaba don Luis de Góngora (Soneto 308, ed. Blécua):

ni aun los campos del Tajo están seguros.
A su menor inundación de casas

Los campos, no; nosotros, sí, siempre, y cuando quienes pueden decir sí y decir no, para lo que ha de construirse, tengan muy en cuenta que para la armonía de las personas en sí mismas, factor clave en la Ciudad, es necesaria la presencia en Madrid de edificios entre sí capaces de serena, alegre, sensata, sobria, seria, discreta conversación cortés, como compete y es debido en la primera Ciudad de España—y en todas las demás Ciudades de España y del Universo—.



CONVERSACION URBANA DE EDIFICIOS Y PERSONAS, LOS UNOS CON LOS OTROS, Y ENTRE LAS DE SU ESPECIE HUMANA, O ARQUITECTONICA.